

LÁGRIMAS DE AZÚCAR

Diego Figueroa.

El calor que sentía bajo el cubrecama era molesto, y era peor tener la cara caliente por las lágrimas; pero Vicente prefería estar así a que lo oyeran en la casa y le preguntaran qué pasaba. No quería que lo vieran llorar. Sin embargo, qué podía hacer, ya llevaba un rato así y no lograba que el llanto se detuviera. De la misma manera, lo que el compañero nuevo le había dicho aquella tarde, se repetía una y otra vez en su cabeza. Eran palabras que le apretaban la garganta, lo que hacía que el llanto aumentara más que detenerse.

En la última clase habían ido a la biblioteca para hacer un trabajo en parejas, las que el profesor decidió cómo conformar. A Vicente le tocó hacer el trabajo con Esteban, quien se había incorporado al curso el día lunes, pero como se había hecho amigo de otros compañeros Vicente no lo conocía mucho. Poco después de oír las instrucciones, Esteban rompió el hielo.

- ¿Viste el partido de ayer? - a Vicente le sorprendió la pregunta. Recordó lo que miraba en la televisión el día anterior, y prefirió no decir qué veía. No era necesario contarle a Esteban sobre sus gustos, más todavía si no quería que él lo tratara como sus otros compañeros.

- No, estaba... hacía mi tarea - luego de decir esto se sintió mejor, era un tema que manejaba mejor.

- Ah verdad que había tarea - Vicente pensó que ahora tal vez podrían dejar el tema del partido... - Se me olvidó - dijo sonriendo Esteban-, es el que el partido estaba muy bueno. Y, ¿de qué equipo en?

- ¿Equipo? - Vicente sabía a lo qué se refería Esteban, pero no estaba seguro de poder responder adecuadamente.

- Sí po, ¿supongo que te gusta el fútbol? O sea, te tiene que gustar.

- No... - la cara que puso Esteban le advirtió que no iba por buen camino-. O sea, no es que no me guste, lo que pasa... es que... no me llama mucho la atención. A veces lo veo, pero...

- ¡Vicente y Esteban! Si quieren contarse secretitos tienen el recreo, pero ahora deben terminar la tarea - el llamado de atención del profesor tensionó a ambos niños, silenciando los balbuceos de Vicente y esparciendo las risas ahogadas de sus compañeros de curso. Mas de alguno se atrevió a lanzar un "uuuuuuuu", pero el profesor lo mando a callar de inmediato. Vicente estaba rojo como un tomate, y unas pequeñas gotas de sudor aparecieron en su frente. Esteban solo se giró hacia su cuaderno.

- Oye, y ¿te gusta alguien? ¿Tení polola? - Vicente miró hacia el profesor, para asegurarse de que no les fuera a decir algo de nuevo, pero este miraba por la ventana y les daba la espalda.

- Deberíamos hacer la tarea - respondió Vicente.

- Ah pero si el profe ni está mirando, además nos queda poco. Y, ¿tení polola?

- Ehh, no... Y no me gusta nadie.

- Pero, ¿nadie? ¿Supongo que te hai comido a minas?

- Ehh...no

- ¿No te has comido a nadie? - esta vez los ojos de Esteban se agrandaron, demostrando su asombro

- No, n... no me he dado besos con nadie - le costó mucho terminar la frase, su voz tembló mientras le respondía, pero es que siempre era lo

mismo. ¿Por qué era tan importante? Esteban se tapó la boca con la mano derecha, aguantando la risa.

Vicente tenía miedo, sabía que era raro que no le gustara nadie, pero para él no era tan terrible. Simplemente no sucedía. Temía que Esteban ya supiera cómo le decían su demás compañeros, pero no podía ser, llevaba como dos días siendo el nuevo en el curso.

- Entonces es cierto lo que me dicen los demás, voh erí hueco.

- ¿Quéé...- una burbuja de saliva y aire le obstruyó la garganta en ese instante - ¿quién te dijo eso?

- ¿Ah? Nadie - respondió Esteban burlescamente. Vicente iba a insistir y la campana sonó, el pánico no lo dejó oír nada de lo que dijo el profesor, apenas pudo salió lo más rápido que pudo de la biblioteca.

El camino hacia su casa fue más largo esta vez. Lo único que quería era desaparecer, no quería sentir esa pena y rabia por las burlas. En su cabeza estaba la cara que tenía Esteban, le hubiera encantado borrarle esa sonrisa de un manotazo; pero no era capaz. Apretaba mucho los puños, y ni siquiera lo notaba. En más de una ocasión estuvo a punto de tropezar por tener la cabeza gacha y no poner atención dónde ponía los pies.

Las palabras de Esteban seguían resonando en su cabeza, "voh erí hueco". No podía dejar de pensar en ello, no podía simplemente ignorarlo, como sus padres le aconsejaban. "Hueco...hueco", "Hueco solo por no ser fan del fútbol", eso es lo que se decía Vicente para tranquilizarse. Sin embargo, tal vez por esa razón jamás le gustó el deporte. Vicente ya llevaba tiempo dándole vuelta a lo mismo, y quizá era así porque no le gustaba el fútbol, porque no le gritaba cosas a las niñas, porque no estaba pololeando, porque no había besado a una niña, o porque no decía garabatos. El problema era que él no quería serlo. No quería ser al que sus compañeros miraban y se reían. No quería. Pero al parecer lo era, y todos en su curso lo sabían, por eso lo molestaban.

Una vez que llegó a la casa, ni siquiera vio la escalera, solo se fue directo a su habitación. Y así pasó las últimas horas, bajo el cubrecama, manteniendo a sus padres apartados con la excusa de que dormía. Vicente no quería llorar porque eso no lo hacían los hombrecitos; pero la garra que apretujaba su cuello era más fuerte, y eso derramaba las lágrimas. No quería seguir llorando, y sintiendo que era alguien diferente; no quería ser dulce, femenino o fino, como algunos lo llamaban. No quería esas lágrimas saladas en su cara. No quería.



NUESTRAS MARCAS

Matías Suárez.

Lila miraba la reja grande que separaba el patio donde podía estar ella y sus compañeras y el patio donde jugaban las niñas que no eran como las otras. Lila se había preguntado siempre por qué el colegio tenía estas dos separaciones, como también se preguntaba por qué todas sus compañeras eran de rasgos similares mientras que las del otro patio eran tan diferentes entre sí.

Nadie le quería explicar bien a Lila por qué separaban a las compañeras en el colegio. Se preguntaba si tendrían algún tipo de mundo propio o si hablarían un idioma que nadie más entiende.

Un día se decidió a averiguarlo, y se acercó a la reja mientras nadie le prestaba atención. Ahí vio a una niña que vestía ropa morada.

- ¡Oye! ¡Ven! ¡Quiero hablar contigo! - gritó Lila con esperanza de ser escuchada.

La niña no se acercaba y la miraba con duda. Sin embargo, luego de pensar unos segundos, decidió acercarse a la reja.

- Qué linda tu ropa morada - dijo Lila con la intención de que la otra niña se sintiera a gusto.

- No es morada, es púrpura, como mi nombre - respondió a secas la niña.

Lila se sorprendió del hecho que la niña hablara su mismo idioma, pero se sorprendió aún más que la niña se llamara Púrpura.

- ¿Te llamas Púrpura, como el color?

- Sí, puedes reírte si quieres, pero a mí me gusta - respondió Púrpura con tono desafiante.

- Me gusta. Yo me llamo Lila, también es un color, y una flor - dijo Lila con orgullo.

- Me gusta también - respondió la niña con poco ánimo.

- ¿Por qué tú estás a ese lado de la reja y yo acá? - preguntó Lila con el mismo tono de duda que tenía desde que entró al colegio.

- No lo sé bien - respondió Púrpura - mi mamá dice que es porque somos distintas y las personas grandes no quieren que nos mezclamos, algo así como que estamos marcadas.

- ¿Marcadas con qué? ¿Tienen tatuajes? - siguió Lila inocentemente.

- No - respondió firme Púrpura. Estas marcas son distintas, o algo así le entendí a mi mamá. Ella me dijo que yo había nacido con una marca muy dentro mío, una marca que tenía en mi sangre y que siempre iba a tener.

- Qué raro - dijo Lila. Nunca había escuchado de una marca que no se fuera o que no se viera. Quizás tu mamá estaba bromeando.

- No lo creo, porque hasta la doctora me dice que estoy marcada - respondió Púrpura con la voz baja -, a veces me gustaría que existiera un remedio o algo que me quitara esta marca.

- Pero ¿cómo? ¿No se quita? - preguntó Lila, quien siempre pensó que las doctoras podían curar cualquier cosa en el mundo.

- Esta no se quita. Me cuesta memorizar bien cómo se llama. Déjame preguntarle a mi mamá esta noche y mañana te cuento qué es - le dijo Púrpura antes de salir corriendo y volver a jugar con sus otras compañeras.

A Lila le costó dormir esa noche, pues pensaba en todo momento de qué marca hablaría Púrpura. Ella también estaba marcada, tenía una cicatriz muy grande en una pierna que se hizo cayéndose de una bicicleta. Pero algo le hacía creer que la marca de Púrpura dolía mucho más que la de ella.

Al otro día Lila esperó ansiosa la

hora del recreo para poder encontrarse con Púrpura. Cuando logró salir al patio vio que Púrpura ya la esperaba en la reja.

- Te traje en un papel el nombre de mi marca - le dijo Púrpura con mucho ánimo - Definitivamente se sentía orgullosa.

Lila leyó el papel letra por letra: VHH. No sabía lo que significaba. Pero igualmente le hizo más preguntas a Púrpura.

- ¿Todas tus compañeras tienen la misma marca?

- No - respondió Púrpura - Hay de varios nombres, unos nombres raros que no logro memorizar, pero que fueron dichas por doctoras. Yo tengo la sospecha que muchas de ellas ya se sanaron de esas marcas pero igualmente las dejan aquí por miedo a que las contagiemos a ustedes.

- Pero eso es una tontería - respondió Lila - Todas tenemos marcas, no por eso no podemos estar juntas. Mira, te mostraré mi marca de la pierna.

Lila se subió un poco el pantalón y le mostró su cicatriz y le contó que se la había hecho al caer de una bicicleta.

- Me gusta tu marca, le da estilo a tu pierna, ja ja ja - rio Púrpura mientras pensaba que le gustaba hablar con Lila.

- Yo no puedo ver tu marca, pero estoy segura que también te da mucho estilo. Además, te cuento un secreto: mi marca tampoco se va a borrar nunca, me lo dijo mi doctora.

- Qué triste. Quizás cuando seamos más grandes podamos buscar una forma de borrar nuestras marcas juntas - le dijo Púrpura.

- Puede ser. Aunque no sé si quiero borrar la mía - respondió Lila con firmeza y orgullo.

- Bueno, creo que yo tampoco quiero borrar mi marca. ¿Sabes lo que quiero borrar? - preguntó Púrpura.

- ¿La reja? - dijo Lila ya sabiendo la respuesta.

- Sí - respondió la niña -. Esta reja es lo único que nos separa de compartir sobre nuestras marcas entre todas. Quizás qué tipo de marcas tendrán todas tus compañeras y las mías. Es una pena que las personas grandes decidan qué marcas son dignas de mostrar y cuáles no.

- Te entiendo - dijo Lila.

Esa noche Lila tuvo la intención de preguntarle a su mamá si sabía a qué se refería la doctora de Púrpura con la palabra "VHH". Sin embargo, no lo hizo. Sintió que no era necesario compartir la marca de su amiga, que ella cuando lo quisiera iba a mostrarla al mundo. Por mientras se conformaría con averiguar por su cuenta de qué trataba, y por supuesto, hablarlo con Púrpura. Decidió que nadie más que ella podía explicarle de qué trataba esa marca.



PERFECTAMENTE IMPERFECTOS

James A. Díaz.

Un cuento para niñas, niños y niñes, porque somos de colores...

Hola, me llamo Mateo y tengo 7 años, me gusta mucho jugar y hacer nuevos amigos, pero a veces no puedo jugar a lo que me gusta porque nadie me llama Mateo, todos me dicen Sophia y eso es muy triste. Toda mi vida me han dicho Sophia, pero dentro de mi corazón yo sé que me llamo Mateo y que soy un niño aunque nadie me cree y me dan muchas ganas de llorar.

Tengo muchos amigos niños y me gusta jugar con ellos, pero a veces no me dejan jugar con ellos al fútbol porque dicen que son cosas de "niños" y que yo soy una "niña", ¡Pero es mentira!, yo soy el príncipe de mamá aunque nadie me crea. Ahora ya saben de mí, ¡Ahora ya somos amigos! Bueno, ahora quiero contarles un poquito más de mí.

Yo vivo solo con mi mamá, papá no tengo, pero soy muy feliz porque mi mami es la reina más buena y hermosa de todo el mundo, es espectacular. Los fines de semana tomamos desayuno acostados en la cama, ¿ustedes lo hacen? Si no lo hacen deberían hacerlo.

Ella si me llama Mateo, pero solo cuando estamos solitos y eso me vuelve a dejar feliz, yo sé que soy un niño pero mi abuela no me deja jugar a los autitos, tampoco me deja jugar con las figuritas de acción, pero al menos me deja jugar con la barbie's y eso es genial. No entiendo porque los adultos dicen que los niños no podemos jugar con muñecas, si es muy divertido, los adultos son raros. Amiguitos ¿les gusta jugar a las muñecas?, amiguitas ¿les gusta jugar a los autitos o al fútbol?, espero que sí, ya que no hay cosas de niños o niñas, podemos jugar a cualquier cosa, y si no nos dejan jugar a algo por ser niña o por ser niño, seamos niñes, para poder jugar a lo que queramos. Les niñes somos muy diferentes, como un arcoíris, todos somos un color, yo soy el rojo ¿y ustedes?, espero sean un lindo color, somos perfectos así. Los adultos no pueden seguir diciéndonos que ser, yo soy un niño, tu puedes ser una niña o un niño como yo, no importa que seas, solo se feliz y si alguien dice algo feo haz lo que yo hago, les digo que soy feliz así, y luego también le digo a mi mamá.

Adiós amiguitas y amiguitos, ya debo ir al colegio, los quiero, jueguen y sean muy felices, yo ya soy muy feliz.



EL LEON DESMELENADO

Camila Zuñiga Meza.

Les voy a contar la historia del conocido León desmelenado, que es recordado entre todas las leonas y leones de una manada, ubicada en una calurosa sabana de África.

En un día árido de verano, época en la que gacelas y jirafas se acercaban a tomar agua a un remoto lago, atravesaba la sabana un silencio profundo que era interrumpido por el trino de algunos pájaros. Se encontraban muy cerca observando atenta una manada de leonas y leones con mucha hambre, esperando al rey de la sabana, llamado Patriarco, que con su ronco rugido diera la señal a las leonas para iniciar la cacería como era de costumbre.

¡Guaaaaa! - Rugió fuertemente el león Patriarco y las hembras iniciaron el ataque corriendo velozmente hacia el lago, de repente de manera inesperada, se lanza a la caza el león más joven de la manada, hecho que enfurece al rey de la sabana. Al terminar exhaustas las leonas junto al joven león, justo cuando el sol comenzaba a esconderse, llevaron sus presas al resto de la manda donde esperaba con gran molestia el león Patriarco.

¡De nuevo tú, haciendo cosas que no corresponden! - fuerte rugió - ¿Cuántas veces te he dicho que es de hembras cazar a las presas, que es de hembras cuidar a los cachorros, que es de hembras acicalarte tanto ese pelaje? ¡Mira esa melena! ¡Esta toda aplastada, eso no te hace lucir ni fuerte y ni temido! Ante la furia del rey de la sabana, el joven león

confundido y triste se apartó callado de su manada, echándose a observar el atardecer.

Apenado por lo ocurrido, mirando las estrellas que comenzaban a salir en el cielo, se preguntaba por qué no podía hacer cosas que le encantaban hacer. El joven león se sentía verdaderamente contento cuando cazaba, o cuando cuidaba a los cachorros de su manada y más aún cuando su pelaje quedaba terso y su melena bien aplastada pegada a su cuerpo. El verse así lo hacía sentir verdadero y feliz. Así era como le gustaba sentirse, como una hembra. La noche oscura comenzaba a caer y el joven león se quedó dormido.

El radiante sol marcaba un nuevo día en la sabana, la manada dormía plácidamente, a excepción del joven león, que aquella mañana decidido, caminó hacia el lago y con la piedra más áspera que encontró, comenzó a frotarse su cabeza y lomo, logrando que su melena fuera cortada. Mientras en la manada las leonas y leones bostezando comenzaban a estirar sus grandes patas, abrían lentamente sus ojos y con mucha pereza comenzaban a pararse para iniciar la mañana. Toda la manada, todavía un poco somnolienta, se dirigió al lago para tomar algo de agua. Y para impacto de todas y todos ahí estaba el joven león, con parada firme, segura y contenta con su nueva apariencia de hembra. El león Patriarco con su manada la observaron pasmados, y antes que alguien pudiera decir algo, en el lago de aquella sabana en África fuerte se escuchó:

¡Esta soy yo! - Rugió la joven leona.

